

EL SECRETO DEL ABORTO ESPONTÁNEO

*Apenas conocía a alguien que hubiera tenido un aborto involuntario... hasta que experimenté el mío.
Caitlin Seccombe Lubinski*

He estado llevando un secreto. Es un secreto pesado e invisible que se mueve borracho por mi mente. Es un secreto del que es difícil hablar con nadie más que con mi esposo. Es un secreto que se ha convertido

Es el secreto del aborto involuntario.

Y tan pronto como alguien descubre mi secreto, me cuentan el suyo. Nunca he intercambiado secretos con tantos desconocidos. "Tenía dos propios", me dice la enfermera mayor que me pone una vía intravenosa en el brazo. Luego, mueve suavemente el cabello de mi frente como si fuera su hija.

Cuando mi esposo deja el trabajo para una cita con el médico y no regresa esa tarde, tiene que explicárselo a uno de sus colegas. Su colega entiende el secreto del aborto involuntario. Él le dice a mi esposo lo suyo y me dice que me trate amablemente porque este secreto es algo que nunca olvidaré por completo.

Tenía 11 semanas cuando mi esposo y yo vimos que la cara del técnico de ultrasonido se tensaba. Leí las noticias en su lenguaje corporal antes de poder comprender el silencio que reverberó en toda la habitación en ausencia de un latido. La tristeza nos recibió con fuerza. Nos preguntamos el dolor que sentimos por la pérdida de alguien que nunca conocimos.

Al experimentar el dolor del aborto involuntario, me sorprende el método de silencio con el que nuestra cultura trata un problema de las mujeres extremadamente extendido. De alguna manera, estoy agradecida por la privacidad que me otorgaron. En los primeros meses, fue una cosa extraordinariamente dolorosa de hablar, incluso con mis amigos más cercanos.

Paradójicamente, la tranquilidad asociada con el aborto espontáneo ha abierto una comunidad imprevista de apoyo y amor a medida que las personas dan un paso adelante para compartir sus experiencias conmigo. Hay dignidad en la confidencialidad, y hay libertad para llorar en esta comunidad privada recién descubierta.

Sin embargo, según veo, surgen algunos problemas cuando mantenemos en privado el aborto espontáneo, lejos de la comunidad en general. Cuando las estadísticas dejan de igualar la experiencia, nuestro concepto de realidad se desarticula en el mejor de los casos. Soy una mujer educada de 28 años, y sabía que las posibilidades estadísticas de tener un aborto espontáneo eran significativas: uno de cada cinco embarazos conocidos para mi grupo de edad termina en aborto espontáneo, y existe un porcentaje mucho mayor para las mujeres de 30 años y 40 años. Pero la verdad de los números fríos a menudo no logra desalojar las creencias arraigadas basadas en la experiencia personal. Como solo conocía a dos mujeres que tuvieron abortos espontáneos, todavía pensaba en el aborto espontáneo como un caso bastante excepcional, como las posibilidades que tiene de romperse el fémur si decide ir a esquiar. Existen, pero solo conoces a unas pocas personas en tu vida a las que les sucede, y ciertamente nunca te haría pensar dos veces antes de subirte al telesilla.

El aborto espontáneo, por cierto, no se parece en nada a un extraño accidente de esquí. Toca a muchas más mujeres de las que nos damos cuenta. Creo que si las niñas, las mujeres, los niños y los hombres creyéramos compartiendo más abiertamente el dolor del aborto espontáneo, la pérdida, cuando sucede, no parecería tan alienante. Esa pérdida podría sentirse para las mujeres más como una parte natural de la vida, el compartir un dolor común que tiene una gran población de mujeres, en lugar de una avergonzada y clandestina descomposición de su cuerpo que debe estar oculta a sus contrapartes saludables. El aborto involuntario puede parecer más esperado, un poco más como una versión triste de su primer período, esa iniciación tremenda y conmovedora en el misterio y la comunidad de la feminidad.

Es difícil decir que las mujeres deberían ser más abiertas sobre el aborto espontáneo. Me siento hipócrita y decidida en el mismo momento. Todavía no he compartido mi aborto espontáneo con muchas personas, ni creo que fuera apropiado o necesario que lo hiciera durante mi tiempo de duelo. Hay gracia y misericordia por períodos de dolor. Pero con el tiempo, quiero compartir orgánicamente mi experiencia con las personas que conozco. Quiero superar las miradas incómodas de los no iniciados y no tomar personalmente los incómodos cambios de tema de las personas bien intencionadas cuando menciono el tema de mi aborto espontáneo.

Cada vez que trato de hablar con franqueza al respecto, siento que ciertas personas a mi alrededor se congelan. Está bien que no sepan cómo responder. Mirar el dolor de otra persona siempre se siente intrusivo, especialmente si no has experimentado esa marca en particular. Quiero comenzar a ver esa incomodidad como un reflejo de normas culturales fuertes en lugar de como una señal sobre lo inapropiado de mi deseo de compartir mi experiencia.

Imagínate si nos moviéramos al mismo nivel de comodidad al hablar sobre el aborto espontáneo que sentimos cuando alguien habla de un accidente automovilístico realmente malo que tuvieron una vez o la muerte de un abuelo. ¿Qué pasa si aceptamos el aborto espontáneo como un tema abierto para el debate? ¿No es extraño que no lo hayamos hecho? Piensa en los muchos temas importantes de mujeres que hacemos un esfuerzo para discutir más abiertamente: cáncer de seno, acoso sexual, abuso e infertilidad, por nombrar algunos.

Mientras escribo esto, reconozco que las experiencias de las mujeres con el aborto espontáneo varían mucho. Todavía estaba en mi primer trimestre cuando aborté, y fue mi primer embarazo. Pero el dolor fue significativo por un tiempo y la adoración en la iglesia fue difícil. Algo sobre tantas mujeres embarazadas reunidas en un solo lugar y tantos niños felices que avanzaban mientras la iglesia rezaba por ellas, y algo sobre la crudeza que sentí al ver el cuerpo del Señor romperse por mi cuerpo roto, algo sobre todos estos elementos abrumados. Yo En las primeras semanas tuve que salir de la iglesia temprano de manera constante tratando de mantenerlo unido hasta que violé las puertas de entrada. Mi esposo me siguió con mi abrigo y sus palabras de consuelo, pero el sentimiento de vergüenza de que no podía evitar llorar y mi orgullo de pánico de que alguien haya visto mi emoción me avergonzó.

Imagínate si, como cristianos y como mujeres, pudiéramos reconocer más abiertamente la carga del aborto involuntario. Al menos podríamos hablar de la culpa que siente una mujer cuando un hermoso bebé recién nacido hace llorar, y tal vez a través del diálogo de una comunidad, esa culpa disminuiría al revelar con mayor franqueza los procesos de dolor que atraviesan las mujeres que abortan. La adoración no es solo para aquellos que se regocijan. También es para aquellos que lloran, tanto en secreto como abiertamente. Quizás este dolor secreto, sin embargo, necesita un poco más de aire y luz. Quizás necesite la libertad de expresión que le asignamos a otras formas de dolor, para que después de compartir y recibir nuestras historias de aborto involuntario, podamos ver con suficiente claridad como para alcanzar y eliminar tiernamente los zarcillos de dolor que crecen en los corazones de los demás.

Caitlin Lubinski tiene una maestría en literatura inglesa. Escritora independiente e instructora de redacción adjunta, vive en Beverly, Massachusetts, con su esposo.

Traducido por: Yadira Morales